

Oralidad, etnicidad y naturaleza

«El mundo se quemó. El incendio había empezado por el Norte, pero la gente se había salvado metiéndose en una cueva; cuando pasó el fuego, la gente salió cambiada. Primero salió Ñandú. Luego salió una vieja que se levantó, miró y fue oso hormiguero. Luego salió un viejo, que también se levantó, miró y fue un tigre. Una muchacha con collar, linda, y fue el pecarí de collar. Después una mujer medio morena se transformó en chanco moro. Luego salieron un hombre y una mujer. Primero salió el hombre, que quedó largo rato mirando el suelo y por eso no se transformó: quedó hombre nomás. Después salió la mujer: quería levantarse y mirar, pero el hombre no la dejó; entonces tampoco ella se transformó en animal. Con la mujer y el hombre se formó la gente; se casaron y sus hijos son la gente de ahora. Los demás se transformaron en animales». — Lañagashik¹.

I. La poesía de la naturaleza

En 1935 un grupo de indios matacos llegó a Buenos Aires, con su lenguaraz, para ser explotados en una exhibición de circo. Fueron regresados al Chaco central por gestión de la Comisión de Protección al Aborigen, y acompañados por el profesor Enrique Palavecino. Éste, después de participar en la ceremonia de bienvenida a los viajeros realizada por treinta brujos de la tribu, inició un vínculo amistoso con ellos que duraría décadas. De los *tobas* del río Pilcomayo, de los alrededores de Resistencia, de las Palmas, de Formosa², anotó una mitología en la que parece estar subsumida una poesía arcaica de la naturaleza y un destino del hombre con ella. Los temas se repiten: la concepción del mundo, los dueños del mundo, las catástrofes, los relatos heroicos, los personajes cosmogónicos, los creadores del fuego, las corrientes de agua, el eclipse, el arco iris y las nieblas. Otra vez el origen de las mujeres por un descenso del cielo mediante cuerdas o cañas; las estrellas o arcaicos seres humanos que fueron compelidos a trasladarse al cielo; la Luna macho cuyas fases siguen el tránsito de la

¹ Enrique Palavecino: «Mitos de los indios Tobas». *En Runa* (Archivo para las Ciencias del Hombre). Universidad Nacional de Buenos Aires, Facultad de Filosofía y Letras, Vol. XII, parte 1-2, Buenos Aires, 1969-70, 183.

² Región del Chaco meridional y central argentino.

vida desde la infancia a la senectud; el arco iris o monstruo que vive bajo la tierra alimentándose de colores; los dueños o seres que poseen los alimentos; la constelación que rige la maduración de los frutos (Lapichí); el dorado o jefe de los peces que habla con los hombres; los animales que fabulan el bien o el mal, que protegen o que atacan sin piedad. Pero es el relato de *El mundo se quemó* el más dramático. Un saber humano que procede del tiempo. La memoria oral pasada o poesía lírica, abstracción y presagio. Una narración —tal vez la iniciadora de una serie de narraciones— convertida en recipiente, genealogía de un saber popular y filosofía.

¿Acaso la ceguera de los hombres, la insistencia de no mirar ciertos fenómenos y acontecimientos a su alrededor, puede significar también la condena del ser del hombre? Después de que el mundo se quemó, los que miraron el ecocidio, las ruinas de la Tierra arrasada, se transformaron en animales. Pero un hombre no quiso mirar, no se atrevió a ver sus frutos (y ser conocido por ellos). Entonces siguió siendo hombre. Ya era tarde para cambiar y «quedó hombre nomás». *Nomás...* como si se tratara de algo ya sin importancia. Lo que interesa es que aquellos que se atrevieron a ver pasaron al reino de los animales, a otro género, en esta ontología: a un piso superior del universo. Los animales se crearon de aquellos hombres que se atrevieron a ir más allá de sí mismos, a contemplar el espectáculo de la naturaleza. A sentir su lirismo. Pero eso sucedió / sucederá después de la catástrofe. Relato maravilloso, fantasía poética, la cosmogonía puede ser también admonición. Lo que será es lo que un momento después de sí habrá ocurrido. El devenir convertido en pasado. En esta lógica interna, los hombres que abdican de sí mismos quedan hombres nomás. Los que se atreven a ver, pasan al reino animal. Una escala superior aparece para las especies, y el ser humano queda debajo de todas ellas. La mujer quedó mujer en cuanto el hombre, que no había querido mirar, le tapó los ojos. La evolución de las especies se invierte, porque sólo una hecatombe puede revertir la causalidad del mundo, la mirada, la antigua estupidez, la sordeza, el enquistamiento, el estado normativo de las cosas. La poesía puede desentrañar el fondo misterioso de una advertencia ecológica. En el nacimiento del hombre está contenido su fin tal como lo conocemos. Y en el fin, una nueva abertura.

La realidad no se presenta originariamente al hombre en forma de objeto de intuición, de análisis y teoría, sino como un campo en el que ejerce su actividad práctico-sensible y sobre cuya base surge la intuición inmediata de la realidad. Debió ocurrir, en estas etnias, una relación práctico-utilitaria con la naturaleza, desde la que la realidad se manifestó como un mundo de medios, fines, instrumentos, exigencias, esfuerzos de satisfacción, a través de los cuales el individuo se creaba sus propias representaciones de las

cosas y elaboraba todo un sistema correlativo de conceptos para captar y fijar su aspecto fenoménico como único. Él no podía aislarse del mundo, de sus cosas materiales y sensibles. Todo acontecimiento lo afectaba. La práctica concreta lo incluía en las cadenas tróficas y sus movimientos. Se autorrepresentaba como naturaleza apenas hominizada en alguno de sus granos, fracturas, protuberancias, extremidades.

Las narraciones míticas tobas, matacas y chorotes se repiten en sus fórmulas y temas, pero hiladas o poetizadas de manera distinta en cada interpretación, según los acontecimientos, la «entrada» de los blancos en el escenario, la disposición del poeta, la ocasión, la musicalidad adosada a las palabras. Un relato oral toba no se contaba nunca de la misma manera, pero utilizando una y otra vez las fórmulas habituales, con giros idiosincrásicos de las frases, proezas de la memoria oral aunque diferentes en su metodología y funcionalidad de la memorización de textos escritos³.

En la cultura oral toba —como en las otras del Chaco étnico— el saber no podía manejarse con categorías complicadas, sino organizándolo mediante historias de acciones frecuentemente antropomórficas, es decir guardadas, instauradas y comunicadas desde un cosmos natural donde el hombre estaba fundido con él, a veces sin siquiera advertirse como diferencia. En todo caso, un esfuerzo supremo para ser parte y conciencia de la parte. Mezcladas con máximas, acertijos y proverbios breves como ayudamemorias, que intercalados permitían atar un fondo de conocimientos populares sustanciales y extensos. Los relatos más abarcadores son los de la creación del mundo.

Antes era todo agua, y de ahí Lapichí que trabajó. Hizo como miel bien batido y quedó duro, fuerte, como piso⁴.

El comienzo es el agua. Luego fue un barro como miel; no la tierra, lo que se creó entonces fue el *piso*. En un vasto mundo sin rocas ni piedras, (donde hasta los animales de tiro podían transitar sin herraduras), la propiedad física de la rigidez es la tierra compactada. Con el agua detrás de Lapichí venían los peces. De un árbol de yuchán⁵ grande sacó un pedazo, y como es blando, hizo la carne. Pero faltaban los mosquitos⁶. En la antropogonía, las casas son ahora de «fierro», los árboles se pierden en un incendio colosal, y la tierra queda cocida como un ladrillo. Algo pavoroso ha pasado. ¿Dónde están los bosques? Las tres esferas del planeta se fundieron en un solo cielo, tres cielos. Algo pavoroso. Una catástrofe ecoantropológica. ¿Acaso el núcleo de una advertencia? ¿Un tiempo que aún no fue? Cada siete días se reiniciaban los incendios. Sin bosques, la pobreza de la etnia toba fue horrible. La tierra quedó calcinada como un ladrillo:

³ Ver en este aspecto Walter Ong: *Oralidad y Escritura. Tecnología de la Palabra. Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 1993, 62-67.*

⁴ Palavecino E., op. cit., 182.

⁵ En el Chaco, Tucumán y Santiago del Estero, así se llama al «palo borracho», *Chorisia insignis de las Bombacáceas.*

⁶ «Lapichí es el dueño de todo. Cuando vino no había gente, nada. Quería sólo un río. Pero Lapichí topó un día con Nowaikalchigui que tenía hambre. Hay muchos pescaditos en el agua. Tenía flechas, se levantó, cuando flechó un pescado grande, gordo, y el agua se levantó. Nowaikalchigui se cayó al agua y se quedó adentro. Lapichí vio los pelos de Nowaikalchigui, a puñados los frotó entre las manos, los tiró al aire y salieron muchos zancudos (mosquitos)». Palavecino E., op. cit., 182.

Bajo esta tierra hay otro igual, pero sin árboles. Y hay cielo, y hay gente, muchos tobas como nosotros, pobres. No hay árboles, porque hubo fuego grande y la tierra está cocida como un ladrillo. Abajo hay tres cielos. En el inferior no hay árboles. Cada siete días hay fuego grande, pero las casas son de fierro y cuando llega el fuego, cierra las puertas. Lapichí manda el fuego⁷.

El arco iris nace de un hormiguero gigante. Los pajonales incendiados tienen el color de un oso hormiguero. Las nubes son de polvo. De las cuevas de la tierra, donde habita la gran víbora *Mogonaló*, se origina el viento. Toda la naturaleza debe ser reunida, atada con los temores del hombre, envuelta con sus fantasías, pintada con sus emociones, amasada con sus incertidumbres, eyaculada en saber. La naturaleza del Chaco es el hombre⁸. Las plantas tienen su idioma. Cada árbol es la multiformidad de todos sus hermanos. Pero aun cuando el toba desentraña los misterios del mundo natural, se arranque los temores, descubra cómo crecen las piedras hasta convertirse en montañas, todavía es estrecho, primario, estereotipado en el juicio sobre sus semejantes. Es una visión ecoantropológica rica, original, profunda; pero pobre, rigurosamente defensora en cuanto al «otro», el ser no propiamente étnico. Después de la naturaleza, nada más difícil que respetarse como especie. A punto de desaparecer de la historia, todavía los tobas no veían en las otras tribus más que la exterioridad. De la naturaleza se captaban las complejidades del devenir; pero de las otras tribus humanas no se miraba mucho más allá de la piel y las orejas.

⁷ Idem, 182.

⁸ «Del hormiguero grande salen hormigas de todos colores y vuelan hacia arriba, formando el arco de colores en el cielo después de la lluvia. Antes, antes de que llueva, *Monoganaló* se cae en un pajonal, el pajonal es como oso hormiguero con pintas; se quema el pajonal y en el humo que se levanta se va al cielo. Habita bajo tierra, no se sabe cómo es, nadie lo ve. Las nubes son polvo (aléwa). El rayo manda formar las nubes. El rayo las raja. *Mogonaló*. Es víbora grande que tiene cueva en la tierra, es lo que da al viento». Idem, 182.

⁹ Idem, 183.

WAKANK

El cielo era duro. Cuando recién se hizo era amarillo (Kobiyi). Donde vive Lapichí era lindo, más lindo que este cielo. Lapichí hizo piedras chicas, crecieron y ya en el día eran cerros. Las plantas hablaban. Había un solo árbol, pero con muchas ramas, cada rama una clase; se criaron y formaron el monte.

Tres hijos, la viejita: Lapichí, Pidinilek, los dos mayores; Pidinki, el mocito menor. Se fueron una noche los tres con el anta. Lloraba la viejita. Y cerca de la mañana sintió ruido. Habían llegado los hijos cerca del plato, la abrieron la tapa y lo vieron llenito de gente, 20 gente en el plato. Primero abrió otro plato; era gente lindo, blanco. Después otro plato: sale un cabezón, era mataco. Después otro plato: sale gente con orejas con palo, era chorote. Después otro plato: tenían tembetá, era chahuanco⁹.

Versiones postconquista de antiguos relatos orales. El cabezón es mataco, el de orejas estiradas con maderos es chorote, el de tembetá en los labios es chahuanco, pero el hermoso es el blanco. Lo poderoso (aún no dominador en el Chaco) se adelanta incorporando la estética del poder. Las relaciones superiores de producción y conquista —una civilización